

Carl Seelig – Paseos con Robert Walser

Carl Seelig (1894-1962), poeta, crítico de arte, mecenas y periodista, fue, además de un gran amigo de Albert Einstein, su primer biógrafo. Se entrevistó en numerosas ocasiones y mantuvo una intensa relación epistolar con el gran físico y con los científicos más reputados de la época, y también con celebridades ajenas al mundo de las ciencias, como Carl Jung y Salvador de Madariaga.

En la primavera de 1929, el escritor suizo Robert Walser "admirado y reivindicado por Franz Kafka, Robert Musil, Elías Canetti, Thomas Mann y Walter Benjamin" ingresó "voluntariamente" en el Sanatorio Waldau de Berna "en calidad de enfermo mental". Hasta allí lo siguió el crítico literario Carl Seelig, filántropo y futuro biógrafo de Albert Einstein, quien al menos dos o tres veces por año lo arrancaría de su reclusión para dar largos paseos por los bosques y pueblos vecinos al manicomio. Serían casi veinte años de visitas e intimidad durante los cuales, Seelig buscó convertir en comprensión la admiración y el cariño que sentía por el escritor. Esa comprensión le permitió entender y, en definitiva, aceptar por qué el amigo muy querido había abandonado la lucha y se había arruinado la existencia. De todos modos, Seelig no podía evitar la esperanza de una curación. Deseaba que Walser se reintegrara a la vida y la literatura y por eso propició diálogos como el que sigue:

"Tengo la impresión de que no desea usted esa libertad. No hay nadie que me la ofrezca. Así que lo que toca es esperar. ¿Querría usted de verdad salir del sanatorio? Robert titubea: Se podría probar. ¿Dónde preferiría vivir? En Biel, Berna o Zurich...¡No importa dónde! La vida puede derrochar su encanto en cualquier parte. ¿Volvería realmente a escribir? Con esa pregunta sólo se puede hacer una cosa: no responderla".

"Yo callaba. El callaba. El silencio fue la estrecha senda por la que fuimos al encuentro el uno del otro", escribe Seelig, y ese silencio apenas si se rasga para que el maestro y el discípulo se entreguen a sus paseos. Walser se hundió en una trágica oscuridad. Era un esclavo del alcoholismo, había caído en la miseria, los terrores nocturnos lo acosaban, tuvo dos intentos de suicidio y el mundo le enviaba señales mezquinas como la sutil indiferencia de los críticos y del público, por entonces hechizados por el modelo de escritura posromántica a la manera de Hermann Hesse. "Todas esas gentes encantadoras que creen poder mandarme y criticarme son adeptos fanáticos de Hermann Hesse", le confía Walser a Seelig, durante una de sus recorridas invernales; "para ellos no hay más que dos opciones: o escribes como Hermann Hesse o eres y serás un fracasado. No tienen ninguna confianza en mi trabajo. Y por esa razón he ido a parar al sanatorio. Siempre me ha faltado la aureola de la santidad. Sólo con

ella se puede triunfar en la literatura. Cualquier nimbo de heroísmo, de paciencia y cosas por el estilo, y ya se tiene a mano la escalera hacia el éxito...". Walser, cuya obra excede el romanticismo tardío y anticipa las visiones metafísicas de Kafka, se cree obligado a asumir el gesto romántico por excelencia: el retiro del mundo, la misantropía, la renuncia desesperada como eco de la incompreensión social. En *El paseo*, el poeta protagonista se augura un futuro inminente en el que habrá de "morir de pena, morir quizá de extrema alegría, de un amar y vivir feliz en exceso y un no poder vivir por una idea demasiado rica y bella de la vida". Ese exceso mortífero y contradictorio de vitalidad lo llevaría a la particular temporada en el infierno que se extendió durante casi treinta años y lo alejó definitivamente de la literatura. Hasta que en la Navidad de 1956 Walser emprendió una caminata solitaria (Seelig se había quedado en su casa para cuidar a su perro enfermo) que terminaría con la muerte del autor sobre un campo nevado.

Como el Joseph Roth de *Hotel Savoy* y *La leyenda del Santo Bebedor* o Peter Altenberg en *Como yo lo veo*, Walser es el tipo de escritor con el que nunca se sabe si reír o llora. Seelig detectó esa ambigüedad no sólo en la obra sino en el mismo Walser, pero no intentó resolverla, en un gesto de confraternidad que ayudó a crear el ambiente de admiración y calidez en el que el suicida frustrado podía decir lo suyo sin ninguno de sus viejos temores.

En este sentido, una revelación invaluable de *Paseos...* es que por primera vez se explicita la furia y el desconsuelo vital del autor de *Jakob von Gunten*, una rabia inapelable que paradójicamente lo acerca a Thomas Bernhard, situado en las antípodas estéticas de Walser, pero víctima como él de la misma persecución burguesa. Envenenado por la confianza, la amistad y las tardes bautizadas con vino tinto de Berneck, Walser se dejaba guiar por ese admirador que no lo juzgaba y lo llevaba a las tabernas donde atendían las camareras más bonitas. Se trataba, por cierto, del escenario preciso para que el mayor escritor secreto de su tiempo sugiriera que si Austria hubiera sido gobernada por mujeres elegantes no se hubiera hincado ante Hitler. O para que se negara a ver a su hermana moribunda ("...las peticiones sentimentales me dejan frío. ¿Acaso no estoy yo también enfermo? ¿Acaso no preciso también descanso? En estos casos, lo mejor es estar completamente solo. No quería otra cosa cuando fui ingresado en el hospital..."). En esas charlas también declaró su admiración por Dostoievski y Hölderlin así como el rechazo que sentía por Thomas Mann y Rilke ("un poeta para la mesita de noche de las solteronas"). En esas conversaciones se resistió, con sus últimas fuerzas, a regresar a la literatura y a la libertad: "No echo de menos ni volver a Biel ni a Berna. En el sanatorio tengo la paz que necesito. Lo que me conviene es desaparecer, llamando la atención lo menos posible [...] Poder soñar en un modesto rincón, sin tener que responder a continuas pretensiones, no es ningún martirio. ¡Sólo la gente hace que lo sea!".

La literatura de Robert Walser es una literatura atemporal y clásica, noble y eterna como el desasosiego humano frente a las incógnitas del mundo. "En mi entorno siempre ha habido complots para rechazar a bicharracos como yo", le confía el autor a Seelig, y agrega: "Siempre se rechazaba, con arrogancia y distinción, todo lo que no tenía cabida en el propio mundo. Jamás me atreví a abrirme paso. Ni siquiera tuve el coraje de echar un vistazo. Así que viví mi propia vida, en la periferia de la burguesía, y ¿acaso no estuvo bien así? ¿No tiene mi mundo derecho a existir, aunque en apariencia sea un mundo más pobre e impotente?". Si esa respuesta es posible, hay que buscarla en estos libros.

http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=216116